

Beller, Walter

Teorías en tensión: Sujeto y subjetividad

Reencuentro, núm. 65, diciembre, 2012, pp. 30-37

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34024824005>



Reencuentro,

ISSN (Versión impresa): 0188-168X

cuaree@correo.xoc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad

Xochimilco

México

Teorías en tensión: Sujeto y subjetividad

WALTER BELLER*

RESUMEN

En este trabajo se presentan distintas concepciones sobre el sujeto y la subjetividad. Se presenta al sujeto del racionalismo (entendido como sujeto universal), el sujeto en la dialéctica constructiva, así como críticas fundamentales y recientes versiones sobre la subjetividad y la subjetivización, en diversos espacios teóricos y con varias aproximaciones. Se propone una lógica adecuada para pensar los procesos de transición sujeto-objeto-sujeto, y su incorporación en las discusiones académicas universitarias en el aula.

Palabras clave: Sujeto / Subjetividad / Transición sujeto-objeto-sujeto / Aula universitaria.

ABSTRACT

Different conceptions about subject and subjectivity are explored. The subject of rationalism (as universal subject), the constructivist dialectic subject, as well as fundamental criticisms and recent versions about subjectivity and subjectivization in different spaces and approximations are presented. An adequate logic to think the subject-object-subject transition processes are proposed to classroom university-academic discussions.

Keywords: Subject / Subjectivity / Subject-object-subject transition / University classroom.

El carácter del hombre es su destino.
Heráclito

*A pesar de las apariencias, para Freud
el inconsciente tiene una lógica estricta.*
Cornelius Castoriadis

INTRODUCCIÓN: EL SUJETO Y SU CONOCIMIENTO

En no pocos ámbitos hablamos de y sobre el sujeto: desde el derecho hasta la literatura, desde el psicoanálisis y la psicopatología hasta la teoría de juegos, desde la política hasta la vida amorosa (Badiou, 2008: I), desde la criminología hasta la ética y la comunicación. No obstante, no en todos los casos usamos el término 'sujeto' para designar idénticas realidades. Incluso, a veces se manejan dos o más nociones contrapuestas en un mismo ámbito, lo cual puede dar lugar a suposiciones enteramente confusas. Es por estos y otros inconvenientes que en el presente escrito queremos confrontar algunos enfoques que están presentes en el dominio de la epistemología. No vamos a considerar otros campos del tema del sujeto sino que concentraremos nuestra atención en el campo *cognitivo*; significa entonces que nos enfocamos únicamente a un sector de la actividad humana cuyo objetivo es obtener, construir, difundir y utilizar alguna clase de conocimiento. Visto de esta manera, nuestra disertación sobre el lugar de la subjetividad en los procesos de conocimiento tiende a encontrar eco en diversas regiones de la metodología de la investigación social, psíquica y cultural, así como en el terreno de las pedagogías.

* Doctor en Filosofía y Maestro en Teoría Psicoanalítica. Docente del Departamento de Educación y Comunicación, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

Empiezo con una tesis: más que sujetos, de lo que podemos discutir es de diferentes teorías de la subjetividad o teorías del sujeto. Dichas teorías se presentan en varios ejes de oposición-diferenciación. Y puesto que son dos los más recurrentes, la oposición individuo/sujeto y la de sujeto-objeto, parece obligado iniciar con ellas.

El término sujeto no es adecuadamente aplicable a los individuos o entes singulares. Es común el equívoco que considera que un individuo cualquiera puede ser denominado como *sujeto*. Sin embargo, cuando se emplea dicha sinonimia se puede caer en un *error categorial*, ya que las ciencias no se ocupan de los individuos singulares sino de éstos en tanto que son investigados bajo determinadas condiciones. Con todo, la distinción no siempre erige una barrera infranqueable. (Kelsen hablaba del *sujeto de derecho* como “un centro de imputación de derechos y obligaciones”, y dicho *centro* podía ser un individuo o una empresa.) Se puede inquirir sobre momentos de transición entre el individuo y el sujeto cognoscente, como se examina más adelante.

Dos ilustraciones distintas muestran el sujeto precisado en y por la convergencia de ciertas relaciones. En un caso, la lingüística puntualiza la divergencia entre el *sujeto de la oración* y el *sujeto lógico* de la misma y las separa como categorías sintácticas diferentes. (Más adelante se explica una visión distinta en la Hermenéutica) Ambas categorías constituyen *lugares* en la cadena sintáctica, los cuales pueden ocupar o “saturar” los nombres de personas, animales o cosas, sean individuales o genéricas. En otro caso, si los individuos son entes concretos, hablar de sujetos es comprenderlos bajo determinadas *abstracciones* que –como lo indica la definición de abstracción– son resultado de haber seleccionado ciertos rasgos comunes, dejando de lado otros. Por consiguiente y en principio, no es correcta la identificación que se hace del sujeto con un individuo. Sirva de ejemplo la terminología comúnmente empleada en los trabajos experimentales de psicología: quienes participan como objetos de la experimentación son sujetos y no individuos; fueron elegidos tomando en cuenta ciertos rasgos particulares, justamente aquellos para hacer unas *generalizaciones* (La razón de ello es el uso correcto de la inducción metodológica).

Con respecto a la relación sujeto-objeto, se trata de una relación generalmente aceptada por los enfoques metodológicos y didácticos más comunes. La versión típica –que suele ser acrítica– los presenta como pares complementarios y necesariamente unidos. El sujeto es el ente cognoscente y definido por su oposición al mundo externo; por ende, el objeto de

conocimiento se entiende como todo aquello que puede ser materia de conocimiento o de la sensibilidad por parte del sujeto. A pesar de que la versión típica reconoce la interrelación entre ellos, siempre termina por enfatizar que el fin del conocimiento es la *objetividad* –tesis correcta, pero hay varios matices que habrá que considerar–. En todo caso, nunca falta la reiteración de que los procesos estudiados por las ciencias *son objetivos*, y es en este punto cuando se suele repetir que lo objetivo no depende de las sensaciones, ni tampoco de la conciencia, el pensamiento, las pasiones o la voluntad de los sujetos que los conocen. La cuestión es entonces: ¿qué papel realmente desempeña el sujeto en el conocimiento, ya que al final queda suprimido en aras de la objetividad? Inclusive, como veremos más adelante, hay varias posiciones concurrentes en el anhelo de suprimir al sujeto en el proceso de conocimiento.

De modo que la versión típica piensa que la objetividad es una propiedad deseable para cualquier forma de conocimiento. Esta preferencia suele estar fincada sobre un parentesco o cercanía del *conocimiento objetivo* con la *verdad*. En efecto, se asume que un conocimiento es objetivo bajo la condición de que se adecue con la realidad exterior. Entonces, el conocimiento sería un estado o resultado del sujeto y la objetividad no será sino una adecuación al objeto. Cuando esto ocurre, el conocimiento logrado es a la vez objetivo y verdadero; o más bien, resultará objetivo por ser verdadero.

Ahora bien, desde la era moderna podemos distinguir dos familias de teorías sobre el sujeto: (1) unas que reivindican el papel ineluctable, insoslayable del sujeto en el proceso de conocimiento; (2) otras que defienden la fórmula de que el conocimiento viene a ser *un proceso sin sujeto*, según célebre fórmula acuñada por Louis Althusser (Althusser, 1967).

EL SUJETO UNIVERSAL O EN PENSAMIENTO INDUBITABLE

René Descartes es reconocido como el introductor del sujeto en la teoría del conocimiento. Con el cartesianismo la relación deja de ser sujeto-predicado (propia de los juicios lógicos de la silogística y de la gramática), sino que se abren de par en para las puertas para dar paso a la relación cognoscitiva sujeto-objeto. El sujeto se presenta en la filosofía cartesiana como la condición absoluta de la existencia de las *representaciones* sobre el mundo externo. Sin sujeto no hay representaciones, y sin representaciones no hay conocimiento del mundo. Si se suprimiera por un momento al sujeto cognoscente, el mundo se esfumaría pues no habría representación alguna. De modo que el sujeto cognoscente es la condición

fundante del conocimiento. Además, el sujeto cartesiano es una idea clara y distinta, evidente, incuestionable. Descartes podía imaginar que no existe ningún mundo, que la realidad externa es mera ilusión, como –según él– se presentan los sueños; incluso, podía tener la creencia de carecer de cuerpo. Pero no puede, ni siquiera por un momento, imaginar que él no exista como *ser pensante*. Aseguraba: “conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia y naturaleza toda es pensar, y que no necesita para ser, de lugar alguno, ni depende de cosa alguna material”. (Descartes, 1987: 47) Por consiguiente, el *pensar* es algo de lo que no podemos dudar racionalmente, dado que la duda es ya un tipo de pensamiento: dudar que pienso constituye un acto del pensamiento. Es el *cogito* cartesiano.

Pensar es un verbo y según Descartes supone un sujeto: el sujeto pensante. Aunque siempre hay que aclarar que el verbo ‘pensar’ tiene, en el contexto de la filosofía cartesiana, un campo semántico amplio, pues no sólo engloba las funciones intelectuales, puramente lógicas y matemáticas, sino también la sensación, la imaginación, la memoria, los deseos, los sentimientos, las emociones y las pasiones.

Por esta razón, Descartes deja en claro que a partir de la primera certeza –el *cogito*– el sujeto podría ser igualmente, según su visión, el sujeto psicológico, centro de pasiones y afectos, de la voluntad y la imaginación. Asimismo, el sujeto cartesiano es el sujeto de un concepto de racionalidad que se pretende universal y es igualmente la base de las estructuras que, con independencia de la experiencia (de los datos de los sentidos), él impone a la realidad. El sujeto universal y racional explica la existencia de las deducciones lógicas y de los teoremas del álgebra, que el propio Descartes contribuyó para su formulación. Por todo lo anterior, Descartes es un filósofo de la subjetividad. Al mismo tiempo abrió el campo de la filosofía de la mente y de la problemática del dualismo mente/cuerpo (Heil, 2006, II), que todavía ronda en algunos espacios universitarios.

Sin embargo, Descartes abolió al sujeto individual (o psicológico) para que siempre reine en su lugar el sujeto universal. “El sujeto de que nos habla Descartes no es él como sujeto histórico, individual o psicológico, sino el sujeto universal, el sujeto de la ciencia: el *ego que piensa*, la *cosa que piensa*, *algo que piensa* y cuyo pensamiento es el mismo de todo sujeto racional posible” (Labastida, 2007: 79-80).

EL SUJETO PURO CONDICIONA EL CONOCIMIENTO

Sin embargo, la solución cartesiana para dar un contenido a la subjetividad enfrentó críticas diversas

y demolidoras, principalmente originadas en el empirismo, como veremos más adelante. Sin embargo, Kant replantea el problema del conocimiento estableciendo, como lo apunta desde su *Crítica de la Razón Pura*, que si bien el conocimiento proviene de la experiencia no todo el conocimiento se origina en ella. Para dar cuenta de ello emprende un penetrante análisis del sujeto cognoscente.

Si la física moderna ha establecido juicios de orden sintético *a priori*, es decir, juicios que aún surgidos de la experiencia poseen carácter universal y necesario. Los juicios sintéticos *a priori*, como pueden verse en la ciencia física (“Todo lo que sucede tiene una causa”) y en las matemáticas (“ $7+5=12$ ”), deben ser explicados. Kant se pregunta: ¿Cómo son posibles tales juicios? Y para responder recurre al apoyo de las formas puras de la intuición (el espacio y el tiempo) o del pensamiento (las categorías del entendimiento). El fundamento es el análisis trascendental (Kant, 1980: 58 y *passim*).

Kant se vale del método trascendental cuyo propósito es examinar las condiciones que hacen posible el conocimiento. Estas condiciones se asientan en el *sujeto trascendental*, que es la instancia constituyente del conocimiento. No es un sujeto empírico ni tiene una realidad concreta ni sustancial (como la *res cogitans* de Descartes), pues en todo caso su naturaleza es *funcional*. El sujeto trascendental es un sujeto universal y constituye un conjunto funcional de categorías. En realidad, la presencia del sujeto no significa otra cosa que la posibilidad del *objeto* en cuanto objeto de conocimiento. Nada conoce el sujeto previamente que no haya de constituir en objeto de conocimiento. Para conocer un objeto antes debe de someterse a las condiciones de posibilidad de toda experiencia posible (o sea, a las condiciones formales –*a priori*– impuestas por la estructura de nuestras facultades cognoscitivas). Dada esta dependencia es posible saber *a priori* alguno de los rasgos que ha de tener el objeto cuando esté presente ante nosotros, precisamente los rasgos que penden de dichas condiciones (como es el caso del espacio y el tiempo en la sensibilidad).

Kant propone que en la experiencia cognoscitiva el sujeto cognoscente es activo. O de manera equivalente: que en el acto de conocimiento el sujeto cognoscente modifica la realidad conocida. Según Kant, podemos entender qué se entiende por el conocimiento sintético *a priori* si aceptamos que las cosas son las que se deben someter a nosotros, en lugar de creer que nosotros nos sometemos a las cosas (La célebre “revolución copernicana” en el conocimiento).

Pero el análisis trascendental nos presenta un *sujeto puro*. Jaime Labastida los caracteriza de este modo: “[es] el sujeto en estado de absoluta pureza; por lo tanto, aislado: aislado de los objetos, de los restantes sujetos, de sí mismo y hasta de su lengua; es, rigor, un sujeto abstracto... el sujeto cartesiano adquiere el rango de sistema: es un preciso mecanismo de relojería, que posee niveles y relaciones estructurales internas” (Labastida, 2007: 108).

NO HAY SUJETO NI OBJETO EN EL PUNTO DE PARTIDA

Desde el terreno de la epistemología genética, Piaget enriquece de varias maneras la oposición sujeto-objeto. Admitiendo que la característica del conocimiento científico consiste en acceder a cierta *objetividad* (sea mediante métodos deductivos, lógico-formales, o mediante procedimientos experimentales), Piaget señala que dicha *objetividad no excluye, en absoluto, la necesidad de la actividad del sujeto del conocimiento* (Piaget, 1979: 14).

En razón de ello, reconoce que el conocimiento se constituye mediante una cierta relación entre (1) un sujeto y (2) un objeto. Por ejemplo, decir que “una trucha es un pez” supone (2) objetos (las truchas, los peces) y (1) la actividad del sujeto al clasificar, pero además –esto es importante– (3) un repertorio estructuras creadas por el sujeto con motivo de su acción con los objetos. Así pues, la actividad de crear conjuntos para clasificar, para definir, para hacer tipologías, etc., y formular proposiciones, en la vida cotidiana y en la ciencia, implica la existencia de objetos y del manejo de estructuras de pensamiento. A diferencia de Kant, estas estructuras son la resultante de complejos sistemas de estructuración progresiva en cuya construcción intervienen componentes internos o psicogenéticos (funciones de acomodación–asimilación, abstracción reflexiva, etc.), factores sociales (la función semiótica y el lenguaje, que es una obra social), así como factores ideológicos (marcos y paradigmas epistémicos anclados en concepciones del mundo, como la visión mecanicista o romántica, etcétera). Asimismo, las estructuras tienen una historia –la historia de su construcción– pero se vuelven *atemporales* una vez creadas (Piaget, 1980: 28-47).

Hay que subrayar que para entender el factor (3) no debe confundirse las estructuras lógico-matemáticas con las estructuras operatorias del sujeto. Estas últimas son básicamente las estructuras cognoscitivas, es decir, las que construye el sujeto en el curso del desarrollo de la inteligencia, y por lo tanto pertenecen al dominio de la psicología genética. Las estructuras lógico-matemáticas son, en cambio, aquellas

que formalizan los lógicos y los matemáticos de manera independiente de los estudios genéticos de la inteligencia; son construcciones axiomáticas. Por el contrario, las estructuras operatorias son la expresión de la “lógica natural” (no formalizada) de los sujetos, y como tales indican la manera en que “naturalmente”, y en el curso del desarrollo de la inteligencia, ellos llegan a pensar y a razonar.

Dice Piaget que cuando se habla de sujeto hay que diferenciar dos aspectos. Por una parte, referirse al *sujeto epistémico*, con el cual se designa “lo que tienen en común todos los sujetos de un mismo nivel de desarrollo, independientemente de sus diferencias individuales” (por ejemplo, la serie de los números naturales en todos los adultos); y por otra parte, hablar del *sujeto individual* o psicológico, el cual designa lo que es propio de tal o cual individuo (por ejemplo, cada quien puede simbolizar la serie de números por medio de una imagen mental particular). Y concluye que el conocimiento científico objetivo no sólo busca adecuarse al objeto sino lograr una descentración del sujeto individual en la dirección del sujeto epistémico (Piaget, 1979: 22).

A diferencia del racionalismo cartesiano y el idealismo trascendental kantiano (como también del empirismo que analizamos más adelante), Piaget no toma como punto de partida al sujeto ni al objeto; al inicio –del conocimiento– sólo se constata la interacción entre ambos. Es decir, sólo a partir de cierto momento puede hablarse específicamente de la relación sujeto-objeto. ¿Por qué no hay sujeto ni objeto en los inicios de la inteligencia? ¿Por qué sujeto y objeto tienen que replantearse en cada investigación científica? El conocimiento es un proceso en el cual el objeto de conocimiento no aparece como un objeto dado de una vez por todas a la experiencia directa, con características inherentes y ya dadas intemporalmente. Por el contrario, el objeto en proceso de conocimiento sólo comprende, en el inicio del proceso cognoscitivo, aspectos parciales, característicos o típicos. El conocimiento progresa cuando se *enriquece* ese cúmulo de características con *nuevas determinaciones o propiedades*, que son las que determinan las nuevas y progresivas estructuraciones del objeto. Para que eso pueda darse, el sujeto mismo ha de modificar su propia perspectiva con la construcción de instrumentos más comprensivos, más amplios, enriqueciendo así sus propios esquemas conceptuales.

En la epistemología genética, el sujeto nunca aparece aislado sino que se le concibe como vinculado con otros e interactuando con ellos de múltiples maneras, compartiendo idénticas estructuras con

otros (actuando como un mismo sujeto epistémico en determinado nivel de desarrollo). Piaget admitía que el conocimiento es una institución social en el marco de la cual se producen comportamientos cognitivos. (García, 2000: 153-177) El sujeto no es idea ni condición invariante del conocer, ya que evoluciona –en el tiempo– y se transforma al transformar el objeto.

En suma, la objetividad es propia de las ciencias, pero reconociéndolo la epistemología genética no excluye la subjetividad. El sujeto es quien organiza, con una serie de estructuras derivadas de la interacción con la realidad, el campo de la experiencia o el dominio de la demostración. Incluso, la objetividad resulta de la máxima actividad por parte del sujeto. Al principio, la conocimiento empieza por ser deformante (egocéntrico o sociocéntrico). Pero el progreso se conquista por la correspondiente integración en estructuras, siendo éstas la que garantizan la objetividad. Tal es el proceso de descentramiento que se correlaciona con la construcción de estructuras diversas, como son las estructuras algebraicas y lógicas, presentes e indispensables en la configuración de la experiencia y los experimentos.

En la epistemología genética, el sujeto no aparece aislado. Piaget concebía el conocimiento como una institución social en el marco de la cual se producen comportamientos cognitivos.

EL OBJETO SIN EL SUJETO: EL EMPIRISMO

En su *Tratado de la naturaleza humana* (1989, I, IV, 6: 55 y 57) David Hume ha mostrado que el sujeto cartesiano, el *cogito*, no asegura ningún conocimiento, dado que no hay ni puede haber conocimiento cierto, fundamentado, del yo cognoscente. Sin mencionar a Descartes por su nombre, asegura: “Hay filósofos que imaginan que somos conscientes íntimamente en todo momento de lo que llamamos nuestro yo, que sentimos su existencia y su continuación en la existencia; y se hallan persuadidos, aún más que por la evidencia de una demostración, de su identidad y su perfecta simplicidad”. Y añade a continuación: “Desgraciadamente, todas esas afirmaciones son contrarias a la experiencia que se presume en favor de ellas, y no tenemos tal idea del yo, pues de qué impresión puede derivarse esa idea?”. (Idem.)

La certeza de Descartes quedaría abolida por un análisis –empirista– de sensaciones y percepciones. El argumento de Hume es que toda idea fáctica debe proceder de alguna impresión. “Pero el yo o persona no es una impresión, sino aquello que suponemos tiene una referencia a varias impresiones o ideas. Sólo tenemos impresiones de nosotros y únicamente

conocemos de nosotros mismos “un haz o una colección de percepciones diferentes, que se suceden con una rapidez inconcebible”. Si hubiese algún conocimiento de nosotros mismos sería el de un flujo constante impresiones que transcurren tan aceleradamente que no hay base para hablar de algo como una sustancia pensante o *res cogitans*. Pues del yo no existe “impresión alguna constante e invariable”. Por consiguiente, no podemos derivar ninguna idea de tales impresiones que se suceden unas a otras; luego, no existe tal idea.

Según Hume, Descartes se equivoca al pensar que tengamos en nuestras mentes la idea de nosotros mismos, es decir una idea –en el sentido empirista del término– de nosotros ante nosotros mismos. No hay propiamente fundamento para hablar de un conocimiento del conocimiento.

El sujeto puede ser –en el menos grave de los casos– una creencia o una ilusión, pero desde luego no explica nada. Para Hume el sujeto cartesiano no es lo que somos sino *lo que creemos ser*. En realidad, la duda metódica de Descartes sólo es un laberinto en el cual se corre el riesgo de alojar un conjunto de ilusiones que nos hacemos sobre nosotros mismos.

El empirismo termina en un *objetivismo*, es decir, en la creencia de la existencia de una realidad completamente objetiva, que para el caso del empirismo se tratará de la suposición de una realidad que es el origen de las sensaciones y percepciones. El objetivismo pretende explicar cualquier fenómeno con base en situaciones fácticas concretas –siempre ajenas al sujeto que conoce– que se pueden apreciar a través de los sentidos o de las percepciones.

EL SUJETO SIN OBJETO:

EL PERSPECTIVISMO NIETZSCHEANO

Desde otro lado en la filosofía, Nietzsche critica la supuesta evidencia del sujeto por encima de sus diversas determinaciones y reivindica en su lugar la presencia de un sujeto en toda su complejidad emocional, psicológica, social e histórica. Previamente había establecido que el verdadero origen de la conciencia humana se remonta a las nociones del sentimiento de *culpa* y el sometimiento al *deber*; resultado ambos del ejercicio de la violencia que contra sí mismos se imponen los seres humanos en virtud de la introyección de esos conceptos en su vida moral e intelectual. En su *Genealogía de la moral*, Nietzsche nos asegura: “A partir de ahora, señores filósofos, guardémonos mejor, por tanto, de la peligrosa y vieja patraña conceptual que ha creado un ‘sujeto puro del conocimiento, ajeno a la voluntad, al dolor, al tiempo’, guardémonos de los tentáculos de

conceptos contradictorios, tales como ‘razón pura’, ‘espiritualidad absoluta’, ‘conocimiento de sí’ [...] Existe *únicamente* un ver perspectivista, *únicamente* un ‘conocimiento perspectivista’; y *cuanto mayor sea el número de ojos*, de ojos distintos que sepamos emplear para ver una misma cosa, tanto más completo será nuestro ‘concepto’ de ella, tanto más completa será nuestra objetividad” (Nietzsche, 1972: 139).

El perspectivismo constituye una reivindicación de la subjetividad, pero sin sujeto trascendental, y sin objetos por conocer objetivamente. Para Nietzsche toda representación del mundo es una representación que se hace un sujeto; la idea de que podemos prescindir de la situación vital del sujeto, de sus rasgos físicos, psicológicos, históricos o biográficos, para alcanzar un conocimiento del mundo tal y como éste pueda ser (la idea de la posibilidad de un conocimiento absolutamente objetivo) constituye un auténtico absurdo. Nietzsche considera imposible el conocimiento de la realidad *en sí misma*, pues toda afirmación, toda creencia, toda teoría del mundo depende del punto de vista del sujeto que la ha creado. Más aún, *todo ser dotado de algún grado de conocimiento, de alguna capacidad para representarse el mundo* (por ejemplo un animal que pueda percibirlo de algún modo), *es tan buen testigo del mundo como nosotros*, los seres humanos. Inclusive, para Nietzsche nuestro punto de vista no es mejor para una correcta descripción de la realidad que el de otras especies animales (sencillamente porque no existe una descripción mejor ni peor, todas valen lo mismo). “Abstraer al sujeto equivale a pretender representarse el mundo sin sujeto; es una contradicción: ¡representar sin representación! Quizá existen cien mil representaciones subjetivas. Si se abstrae la nuestra humana, queda entonces la de la hormiga, y si se abstrae toda vida menos la hormiga, ¿de veras ésta sería el hilo del que pendería la existencia? Sí, el *valor de la existencia* pende del hilo representado por los entes dotados de sensibilidad” (Nietzsche, 2007: 49).

UNA LÓGICA PARA EL ESTUDIO DE LA SUBJETIVIDAD-OBJETIVIDAD

Los términos ‘sujeto’, ‘subjetividad’, ‘subjetivización’, así como ‘objetivo’, ‘objetividad’ y ‘objetivización’, emergen en teorías y discursos muy diversos y en muchos de ellos se les analiza como conceptos *relativos*, esto es, de modo no tajante, como conceptos ni exclusivos ni excluyentes, sino interconectados y entrelazados. Este hecho innegable (innegable para cualquier que esté al día sobre las tendencias en la investigación en filosofía o ciencias sociales) pone de relieve que se trata de nociones que –en la actualidad–

no pueden ser establecidas bajo patrones rígidos (“objetivo es todo lo que no es subjetivo”) porque son realidades que se traslapan y se interrelacionan de múltiples maneras (como es el caso de la epistemología genética). Para verlos así, como procesos interdefinidos, habría que abandonar los rígidos principios de la lógica clásica (bivalente, absoluta, no contradictoria) y adentrarse en otro tipo de lógica (polivalente, relativa, contradictoria) (Peña, 2007: 343-355).

Durante siglos se ha pensado que la lógica clásica opera como un tribunal inapelable absoluto, cuya sentencia es desechar cualquier fenómeno que tenga que ver con precariedad, fragilidad, insuficiencia, devenir, interconexión de opuestos, gradualidad o difusividad. La lógica escaparía a todos ellos y nos brindaría el camino –supuestamente– luminoso de las ideas “claras y distintas” en donde se abriría paso lo verdadero, donde la verdad –única– no admite matices. En la lógica clásica solo hay dos valores de verdad: el puro sí y el puro no, la pura verdad y la pura falsedad. Para la lógica clásica, la verdad se juega bajo el esquema de todo o nada, de manera que esos fenómenos “irregulares”, “ambiguos”, “vagos”, “indeterminados”, “sobredeterminados”, “contradictorios”, con fronteras siempre lábiles, serían tomados como superficiales, periféricos y, por ende, descartables en “nombre de la razón”. De la razón única, encarnada en un sujeto invariable o absoluto.

Otra opción es buscar los desarrollos de una multitud de innovaciones en lógica. En particular, la problemática de la relación sujeto-objeto podría enfocarse, en su complejidad, bajo los lineamientos de una lógica de lo gradual, una lógica gradualista, en la cual las determinaciones opuestas no siempre se excluyan y no siempre de manera absoluta. En una lógica así se tiene posibilidad de vincular los opuestos en grados diferentes y con ello poder explicar esos fenómenos de fragilidad, precariedad, de tránsito, de devenir. Las lógicas polivalentes y la lógica gradualista y contradictoria se ajustan más a lo multifacético de la realidad y su complejidad, pues permiten incorporar todos esos matices (Peña, 1991). Entre la verdad absoluta y la falsedad absoluta hay grados infinitos. Esta es una aseveración que tiene asentamiento en la tierra firme de las lógicas polivalentes. Pero no sólo eso.

A diferencia de la lógica clásica, en una lógica gradualista se consideran aspectos relativos a lo verdadero: algo puede ser muy verdadero en unos aspectos y poco verdadero en otros aspectos. Hay momentos en los cuales algo puede ser verdad y no verdad en otro momento. Hay una serie de flexibilizaciones posteriores, y entonces los valores de

verdad no pueden ser, no ya el puro sí o el puro no, incluso que situaciones donde no sean ni lo uno ni lo otro. Es claro que una lógica gradualista tiene que tener una estructura mucho más complicada porque tiene que dar cabida a esa posibilidad de verdadero en un aspecto, más verdadero en un aspecto que en otro, más verdadero en un momento que en otro, y así sucesivamente.

Siguiendo los lineamientos anteriores, se puede decir que la objetividad científica tiene un sentido absoluto y un sentido relativo. Se puede aseverar que una tesis o una explicación adquiere el carácter de una objetividad absoluta cuando hay sólo una objetividad posible (DFC, 1979: "El mito de la ciencia"). Pero en sentido relativo se supone que la ciencia es objetiva en relación con ciertos *parámetros* o *criterios de objetividad* (idem). En todo caso, si la objetividad corresponde a lo verdadero, habría grados de verdad que corresponden a aspectos parciales de la realidad, como es la experiencia común de quienes son investigadores. La objetividad tiene grados; la subjetividad, también.

LENGUAJE Y SUBJETIVIDAD

Hagamos ahora un recorrido por algunos conceptos y concepciones en el campo del lenguaje y que tienen conexión diversa con los planteamientos previamente examinados.

Sujeto. El término que en el presente escrito ha sido explorado en varias interpretaciones o teorías del sujeto. Desde el punto de vista de la lingüística y la gramática, así como desde la silogística y la lógica en general, el sujeto ocupa un lugar definido; o mejor dicho, entra en algunas categorías.

En lógica matemática, el término sujeto ha sido precisado y desplazado por la expresión 'designador'; éste es un lugar que cumple una función designativa o referencial. En los lenguajes, los objetos que componen la realidad y la convención social nos permiten establecer esa relación designativa entre los objetos y los nombres que los designan a partir de la abstracción de ciertas características. Un tipo común de designador son los nombres, en especial los nombres propios (sujetos gramaticales). En un esquema oracional, el lugar del designador lo ocupa una variable individual (digamos una x), la cual reemplaza un término; por ejemplo, en el esquema abierto ' x ama a y ', las variables individuales (x , y) se sustituyen por sendos nombres propios en la proposición 'Romeo ama a Julieta' y se obtiene así una proposición verdadera.

Conviene tener presente a qué llamamos *lenguaje formal*, para distinguirlo de otros lenguajes. En

matemáticas, lógica, y ciencias de la computación, un lenguaje formal es un lenguaje cuyos símbolos primitivos y reglas para unir esos símbolos están formalmente especificados. Al conjunto de los símbolos primitivos se le llama el *alfabeto* (o vocabulario) del lenguaje, y al conjunto de las reglas se lo llama la *gramática* formal (o sintaxis). A una cadena de símbolos formada de acuerdo a la gramática se la llama una *fórmula bien formada* (o palabra) del lenguaje. Estrictamente hablando, un lenguaje formal es idéntico al conjunto de todas sus fórmulas bien formadas (WP, *Lenguaje formal*).

En la *Hermenéutica del lenguaje* (Castilla del Pino, 1974) se analiza el paso sujeto del enunciado al sujeto de la enunciación. Es distinto al análisis lingüístico o gramatical, focalizado más bien en la lengua, sin transitar al dominio del habla (lengua/habla es una oposición propuesta por Saussure), que es justamente el ámbito de expresividad del sujeto. Veamos un ejemplo para explicar estos conceptos. En una oración cualquiera: 'el niño está en el jardín', el gramático reconoce que *hay* un sujeto "implícito" o "elidido": yo o alguien que enunció o profirió la frase. En contraste, 'yo estoy en el jardín', es una frase en la cual coinciden el sujeto de la proposición y de la oración. En definitiva, el campo lingüístico excluye tanto el sujeto hablante (el sujeto de la enunciación) como la función del habla en la comunicación. La hermenéutica del lenguaje investiga al *sujeto hablante*. Más aún, para la hermenéutica el lenguaje es *expresión*, proyección, del sujeto hablante. De este modo, la hermenéutica transita de las estructuras del lengua a las estructuras del habla, del enunciado al proceso de su enunciación. Lo que se revela es el sujeto, un sujeto que se relaciona y cómo se relaciona con la realidad. El análisis hermenéutico se ocupa del contenido verbal que alude al hablante (Castilla del Pino, 1974: 29 y ss).

Por cierto, en la enseñanza de Lacan, el concepto de sujeto no designa una entidad sustancial (no es el sujeto psicológico, ni es el sujeto epistémico) sino —según su célebre y enigmática fórmula— *aquello que representa un significante para otro significante*. En esta fórmula, la representación no tiene el sentido de llevar de un lado a otro alguna cosa o realidad, sino que es la representación del sujeto barrado, dividido, escindido, por la castración simbólica, en el registro del lenguaje, al que está sometido irremediablemente el "ser-hablante". (Lacan, 2000: 227-310) Desde luego, esta interpretación en el psicoanálisis requiere de muchas más aclaraciones de las que podemos dar en el presente trabajo. Sólo cabe decir que el sujeto del inconsciente se opone al sujeto de la ciencia (sujeto epistémico); el primero se halla

siempre escindido entre la verdad y el saber, condenado a decir más de lo que sabe y a saber más de lo que dice; mientras que el segundo aspira a la unificación y la integración o coordinación del saber, manejando estructuras deductivas o experimentales, como se explicó más arriba.

Subjetividad. Es el medio gracias al cual el sujeto puede ser captado como tal en su integridad vital y existencial, sin deformaciones objetivantes. Y es que cuando se aplica esquema sujeto-objeto a las ciencias “humanas” o sociales, el sujeto es tomado como objeto (de conocimiento). Se le ha llamado el círculo hermenéutico. De una manera más radical, las investigaciones cualitativas buscan poner de manera muy notoria y específica la subjetividad de los sujetos investigados, como una luz gracias a la cual ellos (por ejemplo, los miembros de una familia con un enfermo de SIDA) se captan a sí mismos, en su totalidad y dinámica existencial. La subjetividad se expresa por medio de ciertas *narrativas* en las que los sujetos descubren paulatinamente su posición, en cierto momento, frente a determinado problema que les afecta. (Taylor-Bogdan, 2010) En este sentido, la subjetividad desemboca en lo irreplicable, en lo único, en lo excepcional, y cuando eso se logra poner de manifiesto, la investigación cualitativa habrá cumplido su propósito (DCCS, 2009-4, ‘Sujeto’).

Subjetivización. Michel Foucault examina los “*modos de subjetivización*” como modos –vágase la expresión– de objetivización del sujeto, o sea, lo modos en que el sujeto aparece como objeto de una determinada relación de conocimiento o de poder. Es el caso de lo que llamó Foucault ‘pensamiento’: la instauración, según diferentes relaciones posibles, de un sujeto y de un objeto, las modalidades históricas en que uno se encuentra frente al otro, según determinadas prácticas discursivas. Los modos de subjetivización harían referencia a las condiciones particulares para que un sujeto pueda decir un saber, o pueda convertirse en objeto de saber. (Foucault, 1999) (Hay otras prácticas que dividen y separan a unos sujetos respecto de otros, como por ejemplo la separación entre el sujeto loco o en enfermo y el sano, entre el criminal y el buen ciudadano) (Foucault, 1978).

En suma, se puede decir que subjetivización son los modos (las formas) conforme a las cuales un sujeto se sitúa en el discurso y el propio discurso sitúa al sujeto. Formas que representan tanto al discurso del sujeto como al sujeto del discurso.

CONCLUSIONES

En estas páginas hemos examinado puntos fundamentales de varias teorías del sujeto y la subjetividad

en el dominio de la epistemología. Ha quedado claro que no hay algo así como una eternidad del sujeto, debido a que la noción de sujeto no corresponde al ser humano como tal sino a una suerte de atribución a las personas de propiedades o características que son relevantes en determinados momentos de la construcción del saber científico. Por ejemplo, puede decirse que hay una subjetividad medieval o romántica o moderna. En un principio, la noción de sujeto hablaba de su peculiaridad como un fundamento del conocer. Sin sujeto no hay conocimiento. Incluso, no hay objeto sin sujeto que lo determine como objeto. En los inicios en la filosofía especulativa, el sujeto se representa en su autonomía absoluta, fuera de cualquier otra consideración. Ese estado puro lo deja fuera de su tiempo, de su historia y de su sociedad. El empirismo da un giro para presentar un objeto de conocimiento sin sujeto y así se dará paso al objetivismo. Por el contrario, el perspectivismo presenta un sujeto sin objeto y así se dará paso al subjetivismo. Una adecuada noción de sujeto epistémico no sólo debe establecer que no se refiere al sujeto individual o psicológico, sino que debe indicar bajo qué condiciones, generalmente graduales, este segundo sujeto adquiere el horizonte del primero. No habrá de caer en la idealización especulativa, ni tampoco en la clausura que representa el subjetivismo.

La epistemología genética asume una posición materialista en el sentido de presuponer la existencia de una realidad material previa al conocimiento. Sin embargo, la epistemología genética es característicamente constructivista en el sentido de no considerar un objeto dado con propiedades absolutamente inherentes y una realidad ya estructurada, sino de un objeto que se va conociendo en la medida en que el sujeto va estructurando sus instrumentos conceptuales y teóricos para aprehenderlo.

Pero si el conocimiento es un proceso, implica que la lógica clásica puede resultar un obstáculo para comprender las interrelaciones entre sujeto y objeto en vías a construir una determinada objetividad. Si no existe una objetividad absoluta, definitiva, una lógica gradualista permite comprender los matices que constituyen tal proceso. Permite establecer que hay momentos en los cuales no hay ni sujeto ni objeto, momentos en los que prevalece el sujeto sobre el objeto y momentos en que se alcanza una cierta objetividad. O que tal teoría es más o menos objetiva, lo cual quiere decir que no es del todo objetiva pero que tampoco es simplemente no objetiva. No es un juego de palabras, es una manera de expresar que en una investigación se van alcanzando diversos

grados de objetividad, desde un grado mínimo hasta otro que puede ser máximo. En ello seguramente emergerán una serie de contradicciones y de posiciones subjetivas, que son las condiciones primordiales para alcanzar alguna modalidad de verdad.

Gaston Bachelard afirmaba: “Sufrimos de la incapacidad de movilizar nuestro pensamiento. Para que tengamos alguna garantía de ser de la misma opinión, a propósito de una idea particular, es al menos preciso que no hayamos sido de la misma opinión. Si quieren verdaderamente comprenderse, dos hombres tienen primero que contradecirse. La verdad es hija de la discusión y no de la simpatía” (Bachelard, 2001: 111).

ADDENDA

ALGUNAS EXPRESIONES EN EL LENGUAJE COMÚN

En la lengua ordinaria (DEA, 1999), hay una oposición que excluye la *subjetividad* en el terreno de la *objetividad*. Por lo general, el primer término suele arrastrar connotaciones negativas o disminuidas frente a las positivas del segundo. Así se define ‘subjetivo’ como un adjetivo de lo que “depende de los sentimientos de la persona o está basado en ellos” (*Tu juicio sobre el poema es muy subjetivo*); o que sólo existe en función del pensamiento o del sujeto pensante (*Existen realidades objetivas y subjetivas*). Se define el sustantivo ‘subjetividad’ como la “cualidad de lo subjetivo” o el “ámbito de las realidades subjetivas” (*los enamorados viven en la subjetividad*). Igualmente, el verbo ‘subjetivizar’ comprende tanto el dar “carácter subjetivo” a algo como el tomar algo “carácter subjetivo” (*la conciencia subjetiviza el tiempo objetivo*). En cambio, el adjetivo ‘objetivo’ se define como lo que “no depende de los sentimientos de la persona o no está basado en ellos”; o bien se remite a la persona “que en sus juicios o valoraciones no se deja arrastrar por sus sentimientos” (*Fulano es objetivo, hasta el punto de la frialdad*); y en general, será objetivo lo que “existe fuera del sujeto pensante” (*la materia es objetiva*). La ‘objetividad’ viene a ser la “cualidad de objetivo” y el ‘objetivismo’ reportará la tendencia “a dar primacía a lo objetivo sobre lo subjetivo” (*las ciencias ofrecen explicaciones objetivas del universo*). El verbo ‘objetivar’ comprende el dar “carácter objetivo” a algo (*hay que objetivar la costumbre en norma*).

BIBLIOGRAFÍA

Althusser, L. (1967) *La revolución teórica de Marx*. México, Siglo XXI.

- Badiou, A. (2008) *Lógicas de los mundos. El ser y el acontecimiento*, 2. [Libro I- Teoría formal del sujeto (Meta-física)] Buenos Aires, Manantial.
- Bachelard, G. (2001) *La filosofía del no. Ensayo de una filosofía del nuevo espíritu científico*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Castilla del Pino, C. (1974) *Introducción a la hermenéutica del lenguaje*, Barcelona, Península.
- DEA (1999) *Diccionario del Español Actual*. Madrid, Aguilar.
- DCCS-4 (2009) *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales. Terminología científico-social*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid y Plaza y Valdes.
- DFC (1976) *Diccionario de Filosofía Contemporánea*, Quintanilla, M.A. (dir). Salamanca, Ediciones Sígueme.
- Descartes, R. (1987) *Discurso del método*, Madrid, Tecnos.
- Foucault, M. (1978) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México, Siglo XXI.
- Foucault, M. (1999) *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI
- García, R. (2000) *El conocimiento en construcción. De las formulaciones de Jean Piaget a la teoría de sistemas complejos*. Barcelona, Gedisa.
- Heil, J. (2006) *Philosophy of mind. A contemporary introduction*. Nueva York, Routledge.
- Hume, D. (1989) *Tratado de la naturaleza humana*. Madrid, Tecnos.
- Kant, I. (1980) *Prolegómenos a toda metafísica futura*. Madrid, Aguilar.
- Labastida, J. (2007) *El edificio de la razón. El sujeto científico*. México, Siglo XXI.
- Lacan, J. *Escritos 1*. México, Siglo XXI.
- Nietzsche, F. (1972) *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*. Madrid, Alianza Editorial.
- Nietzsche, F. (2005) *El origen de la tragedia: escritos preliminares; Homero y la filología clásica*. La plata, Terramar ediciones.
- Peña, L (1991) *Rudimentos de lógica matemática*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)
- Peña, L. (2007) “El cumulativismo” en Chico, D.P y Barroso, M. (eds.) *Pluralidad de la filosofía analítica*. Madrid, CSIC y Plaza y Valdez.
- Piaget, J. (1979) *Tratado de lógica y conocimiento científico 1. Naturaleza y métodos de la epistemología*. Barcelona, Paidós.
- Piaget, J. (1980) *El estructuralismo*. Barcelona, Oikos-Tau.
- Taylor, S.J. y Bogdan, *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires, Paidós.
- WP, Wikipedia, <<Lenguaje formal>>.